Opinión

EN CARICATURAS

Twiter 'etiquetó' a Trump



Se fue un grande



Llanero solitario en emergencia económica



La lucha de minhacienda

Sergio Clavijo

Iniciándose mayo, el Gobierno anunció la segunda fase de la emergencia económica provocada por la pandemia. El paquete de apoyos a nuestra golpeada economía se ha duplicado en lo corrido del año y ahora bordea el 6 por ciento del PIB.

Su fondeo corresponde casi por partes iguales a mayor endeudamiento externo y préstamos de dineros territoriales, pensionales e infraestructura. Así, la relación deuda pública/PIB estará saltando de 52 a 62 por ciento durante 2019-2021. Y, entre tanto, la relación recaudo/PIB estará cayendo de 14 al 13 por ciento.

Todo esto ha llevado al propio Gobierno a replantear la enajenación de activos estatales y su estrategia macrofiscal. Cabe recordar que, en los inicios de la administración Duque, el ministro Carrasquilla había tratado de impulsar estos estratégicos temas de privatizaciones, IVA y reforma laboral-pensional.

Inicialmente se había pensado que un 10 por ciento de enajenación de las acciones de Ecopetrol podían aportar hasta 10.000 millones de dólares (casi 3 por ciento del PIB del momento). Ello era posible en 2018-2019, cuando los precios internacionales venían recuperándose y habían logrado promediar 65-70 dólares por barril/Brent respecto de los 45 dólares de 2016-2017. Pero, de forma extraña, el grueso del Gobierno y hasta el Consejo Gremial manifestaron un "rotundo no" a tan acertada iniciativa del minhacienda. Tan solo un puñado de analistas ilustramos las bondades de tan oportuna propuesta.

Después, minhacienda continuó en solitario impulsando la idea técnicamente correcta de elevar y extender el IVA a muchas partidas que pagan cero o solo 5 por ciento frente a la tasa general del 19 por ciento. Ello le hubiera permitido a Colombia elevar su recaudo en 1 por ciento del PIB y hasta devolver 0,2 por ciento a los más necesitados. Pero, nuevamente, el 'fuego amigo' del partido de gobierno petardeó tal iniciativa, dejando trunco el trípode del recaudo de firmas-hogares-IVA. Así, la Ley 2010 del 2019 terminaría arrojando una pérdida de recaudo durante 2020-2022 (aun antes de la pandemia).

El solitario minhacienda no desfalleció y en compañía de Kimosabi-Zárate trató de convencer a la poco técnica y obstinada mintrabajo sobre la urgencia de impulsar una reforma laboral. Frente a tasas de desempleo que continuaban elevándose hacia el 11 por ciento, lo urgente era bajar excesivos costos no salariales que seguían en 50 por ciento a pesar de las reducciones de la Ley 1607 del 2012.

Nuestro aguerrido minhacienda se enfrentó entonces al poderoso establecimiento y planteó la urgencia de repensar hasta los parafiscales de Asocajas. Pero pudo más el 'cabildeo' que el debate de las ideas, arrastrando a defender rentas capturadas a exministros de salud, hasta los de corte más progresista.

El Gobierno también dejó solo a minhacienda en su labor de impulsar una reforma pensional estructural que pretendía acabar con subsidios Hood Robin (pobres dándoles a los ricos) y elevar la cobertura del paupérrimo 25 por ciento hacia el 60 por ciento. Desde su llegada, minhacienda había rechazado la idea de otorgar monopolio a Colpensiones en manejo de pensiones bajas, las cuales representan 70 por ciento del mercado. De acceder a ello, se arriesgaba la viabilidad pensional pública, las AFP terminaban fondeando a Colpensiones y colapsaría el precario mercado de capitales.

Pues bien, la crisis desatada por la pandemia ha vuelto a poner de presente la relevancia de toda la agenda que venían impulsando nuestro minhacienda y Kimosabi. El problema es que el capital político ahora es casi inexistente y seguramente el resto de la administración Duque se nos irá tratando de enfrentar la pandemia. La nueva administración también tendrá que corregir el error, ese sí de la propia factura del minhacienda, de haber creído en la economía, vudú que considera que alivios tributarios a grandes empresas se pagan solos, a punta de supuestas inversiones.

Las vacunas



Razones para ser optimistas

Moisés Wasserman

Hoy todos estamos pendientes de la aparición de una vacuna. Es natural que así sea. Las vacunas han sido uno de los productos más importantes del ingenio humano. A ellas les debemos la disminución radical de la mortalidad infantil y el aumento de casi 40 años en la expectativa de vida, en escaso siglo y pico.

La primera surgió en 1796, gracias a una observación aguda de Edward Jenner. Las campesinas que ordeñaban diariamente sus vacas no se enfermaban de viruela. Jenner inoculó en un niño el líquido extraído de unas pústulas de las vacas, parecidas a las de la viruela. Luego lo expuso al contagio, y el niño no se enfermó. La misma técnica, en forma casi idéntica, fue usada para vacunar a la humanidad, y a mediados del siglo pasado la viruela fue declarada totalmente erradicada del planeta.

En 1885 Pasteur inoculó a Joseph Meister -un niño que había sido mordido por un perro rabioso- con un extracto, inactivado químicamente, de cerebros de conejos infectados con rabia. El niño sobrevivió a una mordedura que era indefectiblemente fatal. Hoy casi nadie muere de rabia. Pasteur postuló que la defensa del vacunado se debía a unas sustancias que producía su sangre. Esas sustancias son los anticuerpos, uno de los productos del sistema inmune. Hoy se conoce muy bien qué son y cómo se generan en el individuo, en un proceso de multiplicación y selección del más apto, parecido a la evolución.

Las vacunas son una forma de engañar al organismo para que su sistema inmune reaccione como si hubiera sufrido una infección que realmente no existió. La primera descrita fue un virus de vaca, con muy poco efecto en el humano (de ahí el nombre de vacuna) y la segunda de un virus completo, pero inactivado e incapaz de reproducirse.

De ahí en adelante la imaginación se desató. La vacuna contra la fiebre amarilla también es un virus debilitado por pases sucesivos en el laboratorio; la BCG es una micobacteria que se parece mucho a la de tuberculosis, pero que infecta muy débilmente. Contra la polio se desarrollaron dos: la de Salk, con un virus inactivado, y la de Sabin, con uno atenuado.

Se empezó a pensar en usar solo partes del agente infectante, lo que disminuiría los riesgos de un patógeno completo. Ejemplos de eso fueron las de tétanos y la difteria. En estas infecciones el daño principal lo causan toxinas producidas por la bacteria. Se aislaron, se modificaron químicamente para que no hicieran daño (los llamados toxoides), pero siguieran siendo reconocidas por el sistema inmune.

El desarrollo de la biología molecular y la ingeniería genética dio un brinco más. Ahora resultaba posible aislar el gen de una proteína del organismo patógeno y trasladarlo a otro diferente, como un adenovirus que produce un resfriado suave y una inmunidad contra él y contra las proteínas extrañas que porte. Unas como la de la hepatitis B se producen en levadura (sí, la misma que se usa para la cerveza o el pan). Otras producen una partícula parecida a la del virus, pero sin su material genético, de forma que no puede reproducirse en la persona inoculada (como las del papiloma, que fueron insensatamente atacadas hace poco).

La imaginación sigue desbordada. Hay proyectos con vegetales portadores de la vacuna, y también de fragmentos de ADN o ARN desnudos que, introducidos con un transportador en el individuo, lo convierten en su propia y exclusiva planta de producción.

Contra este Sars-Cov-2 están progresando aceleradamente varias decenas de iniciativas diferentes. Hasta hay una que propone producir sus proteínas en la planta del tomate. Las más adelantadas parecen ser las que modifican virus suaves transfiriéndoles genéticamente la información de las proteínas que forman la 'corona' de este virus. Creo que hay suficientes razones para ser optimista.

@mwassermannl



La globalización del futuro

Eduardo Posada Carbó

Modos de globalizar

"La era moderna de la globalización está en peligro", advirtió el *Financial Times* este lunes. Días atrás, la advertencia provino de *The Economist*. Estas son voces de alarma de quienes han defendido, por lo general, un orden económico mundial sobre bases liberales. Pensadores políticos identificados hoy con el nacionalismo, como John Gray, lo expresan en tono definitivo: "La era cumbre de la globalización ha llegado a su fin".

La crisis desatada por el covid-19 provocó una verdadera estampida global hacia los encerramientos, primero de ciudades, luego de provincias y, casi inmediatamente después, de países enteros. Mientras gradualmente el mundo comienza a reabrir sus puertas, nos espera una incógnita que exige serias reflexiones.

¿Estaremos desde ahora sometidos a una vida de perpetuo aislamiento, bajo fronteras nacionales cada vez más infranqueables? ¿Estamos de veras ante los últimos alientos de la globalización?

Valen unas aclaraciones preliminares.

Eso que llaman 'globalización' no es nada nuevo -si por ello entendemos un mundo interconectado-. Pero la expresión se puso de moda, símbolo de una época que quiso marcarse con las enormes posibilidades ofrecidas por economías más abiertas acompañadas de profundas transformaciones tecnológicas.

Cualesquiera fuesen sus características, la 'globalización' ha estado bajo asedio mucho antes de la crisis del coronavirus. Asediada sobre todo por la proliferación de populistas xenófobos. Ha sido un fenómeno notable en el caso europeo durante la década más reciente, pero la ola nacionalista parece haber ganado momento con la elección de Trump en Estados Unidos y el triunfo del *brexit* en el Reino Unido.

> Cualesquiera fuesen sus características, la globalización ha estado bajo asedio mucho antes de la crisis del coronavirus. Asediada sobre todo por la proliferación de populistas xenófobos.

Es importante, además, abordar la discusión por encima de simples dicotomías: no se trata de tomar partido entre la globalización y los Estados nacionales. Un ensayo de Dani Rodrik, profesor de Harvard, sirve para aclarar los términos del debate (*Prospect*, junio de 2020).

La 'globalización' en sí misma, advierte Rodrik, no es el problema. No lo puede ser. Es nuestro destino, parte integral de nuestra existencia como seres humanos. El reto es cómo darle forma. Hay 'modos' de globalizar. El que ha imperado en tiempos recientes ("hiperglobalización", lo llama Rodrick) no es el más ejemplar, por exacerbar desigualdades en extremo.

Rodrick no sugiere una fórmula prescriptiva. Identifica, sí, unos principios básicos que nos permitan concebir una globalización distinta, más ajustada a nuestras necesidades planetarias. Habría que establecer, por ejemplo, cuáles problemas podrían resolverse de manera más eficiente bajo esquemas globales o nacionales. ¿Obvio? Sí, claro, pero siempre es sabio recordar lo obvio en tiempos de confusión.

Con este principio elemental, Rodrik señala también la importancia de encontrar una combinación apropiada entre la "eficiencia global y la diversidad de políticas" nacionales.

Lo siguiente es determinar los "bienes públicos globales" que exigen atención prioritaria. Es evidente que la salud pública la requiere hoy con más urgencia que nunca. Solo con acciones globales eficaces lograremos aplacar la pandemia. Tan evidente como garantizar las condiciones de sostenibilidad del medio ambiente.

Esta crisis, se nos repite hasta la saciedad, es apenas un anticipo de la que se nos vendría encima si no resolvemos el problema del calentamiento global.

La globalización hacia el futuro, según Rodrik, tendrá menos dimensiones económicas y se ocupará más de temas como el cambio climático, los derechos humanos o la salud pública. Quizás. Es la agenda de la globalización la que debe discutirse, en vez de proclamar el fin de una era.